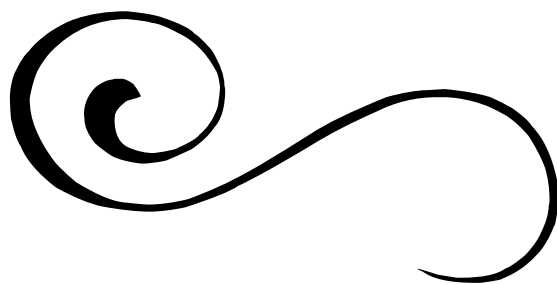


EL SECRETO DE SAINT MICHEL



Punto Rojo Libros
www.puntorojolibros.com

El secreto de Saint Michel

Maru Ruiz Bernal

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@punterojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16513-13-0

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2015 Maru Ruiz Bernal
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

MARU RUIZ BERNAL

EL SECRETO DE SAINT MICHEL

A Juan V. Aristu Montes, mi ex marido, compañero y amigo, a quien le debo que una tarde de verano me sentara delante del ordenador y me dijera: ponte a escribir que yo me encargo de lo demás.

Y mi agradecimiento a todas las personas que de una u otra manera han contribuido a que esta novela saliera adelante.

Índice

Miércoles 14 de mayo 2008	11
Jueves 15 de mayo	58
Viernes 16 de mayo	62
Sábado 17 de mayo	82
Domingo 18 de mayo	113
Lunes y Marte 19 y 20 de mayo	118
Miércoles 21 de mayo.....	119
Jueves 22 de mayo	120
Viernes 23 de mayo	136
Sábado, 24 de mayo	161
Domingo 25 de mayo	167
Lunes 26 de mayo.....	170
Epílogo	173

Miércoles 14 de mayo 2008

*“Venid a mi todos los que estéis afligidos y agobiados, que yo os aliviaré.
Mt.11, 28”*

Últimamente, antes de entrar en la iglesia, reflexiono sobre esta cita del Evangelio y mi espíritu se siente en armonía cuando pienso en sus palabras, produciendo en mí un efecto de tranquilidad y consuelo, seguramente porque me vienen como anillo al dedo y me agarro a ellas como si de un clavo ardiendo se tratara.

El templo está en penumbras. Solo se vislumbra a lo lejos un haz de luz dirigido hacia El Sagrario y una vela, con una luz mortecina, encendida encima del altar que nos indica que Jesús se encuentra presente.

Me encanta esta paz y este sosiego que siento cuando pongo un pie en la iglesia. El olor a cera y el de las flores, que engalanan el altar mayor y las distintas capillas que se encuentran a uno y a otro lado de la nave, impregnan mis sentidos y hacen que me sienta más cerca de Dios.

Todas las mañanas, bien temprano, entro en la parroquia. A veces tengo que esperar a que abran las puertas. Es en estos momentos cuando más a gusto me siento. Hoy, como casi siempre, observo que no hay nadie todavía.

Entro en la iglesia para rezar y hablar con Dios que, a la postre, es lo mismo. Lo hago antes de empezar mi jornada laboral para pedirle que me vaya bien el día y, sobretodo le pido que sea justa con mis semejantes.

Ensimismada en mis pensamientos me dirijo hacia los primeros bancos, desde la entrada hasta el altar hay más de cuarenta metros, mis pasos, aunque voy despacio, retumban en el pavimento.

Al llegar a la mitad de la nave central noto como un escalofrío, no puedo precisar qué es pero hoy, me siento especialmente sensible y presiento que algo no va.

Voy poco a poco acercándome a las primeras filas de bancos y me asombro cuando veo que el párroco ya está sentado en su sillón situado en el altar mayor. ¡Qué raro! —Pienso—. Don Carlos, desde que se jubiló, nunca está tan temprano en la iglesia y está como ensimismado.

No se ha percatado de mi presencia, diría que está rezando y se ha quedado dormido pues su cara está, prácticamente, encima del misal.

Me siento en el banco, procurando no hacer ruido para no despertarlo, ya más cerca de él analizo su postura y me doy cuenta de que hay algo que me llama la atención debe ser mi instinto o mi deformación profesional. —Soy policía.

Noto como mi cuerpo se estremece y, de pronto, me pongo a temblar como una hoja expuesta al viento.

Advierto que el párroco continúa en la misma posición y, me extraña, que no haya levantado la cabeza al escuchar mis pasos. Mis ojos se acostumbran a la penumbra y me percató de que la colocación de Don Carlos no es normal. Miro alrededor y veo que sigo sola en la iglesia. Me fijo mejor y reparo que su cabeza está inclinada hacia su pecho y no al libro como creía en un primer momento.

Me levanto sigilosamente. Avanzo hacia él. Cuánto más me acerco más siento que “algo” no está como debiera y, además, empiezo a percibir un olor agri dulce.

Al subir al altar ya no tengo ninguna duda... Don Carlos, está muerto. Presiono su yugular para cerciorarme de que, efectivamente, está muerto. ¡Dios mío tiene un cuchillo que sobresale de su pecho lo suficientemente largo para que traspase su cuerpo y el asiento!

Su cabeza descansa sobre su pecho y sus manos incomprensiblemente están juntas.

Mis dedos tiemblan al marcar el teléfono de comisaría. Me falta el aliento. Creo que voy a desmayarme, pero mi profesionalidad no permite que ocurra tal cosa.

Lo primero que tengo que hacer es impedir que los fieles entren en la iglesia.

Más que andar corro hacia la sacristía, pero, curiosamente no hay nadie. Busco por las distintas dependencias hasta que, colisiono con Concha, la señora que se encarga de la sacristía y del cuidado de la iglesia. En definitiva que todo esté bien y en orden en la iglesia.

Se asombra al ver la cara que llevo. En principio le pido silencio y le explico lo que ocurre. Se desmaya. Normal.

En unos minutos llega el dispositivo de comisaría. Se llama al juez y al Forense. De pronto todo es un caos. Caos controlado ¡Claro!

La iglesia se cierra, para asombro de los fieles que ya empezaban a llegar. La policía acordona la zona. Yo alucino, aunque por mi profesión no debería ya que no es el primer caso de homicidio que presencio, pero me toca muy de cerca, es mi parroquia, es mi cura. No entiendo qué ha podido ocurrir para que alguien haya querido matar a Don Carlos.

El primero en llegar a la iglesia es el comisario, que me mira como si yo tuviera la culpa, según él, donde yo estoy siempre ocurre una

catástrofe y da la casualidad que estaba en el lugar del crimen, sin comerlo ni beberlo.

Veo a mi jefe nervioso, le sugiero, con cautela, que tenemos que indagar primero por la vida de Don Carlos, segundo saber si tiene enemigos y tercero por el móvil del crimen. Don Cándido, mi jefe, ni me escucha.

Sigo tan alucinada que no consigo centrarme. Bueno lo hago justo después que el comisario me pegara un grito llamándome por mi nombre ¡¡Mara!! —La voz de mi jefe me devuelve a la realidad.

Me pongo en marcha, me siento sobrepasada, pero tengo que cumplir con mi obligación. Creo que el hecho de que el crimen se haya cometido en “mi iglesia” me ha trastornado un poquito.

—¡Vámonos! ¡Aquí están todos lo que tienen que estar y nosotros, por ahora sobramos! ¡Cuando ellos terminen entraremos! Y con grandes zancadas sale del altar hacia la puerta.

Corro tras él y a modo de disculpa voy diciéndole, mejor dicho gritándole que Don Carlos ya está jubilado, pero se resiste a dejar de decir misa. Me paro para coger un poco de resuello y desisto de seguir sus pasos. Estoy hablando sola. Lo veré en Comisaría. Sigo pensando que lo primero es averiguar quién podría tener algún motivo para matar al padre Carlos. Es raro. Un señor que tiene setenta y cinco años ¿Quién querría desear su muerte?

Desconcertada subo a mi coche sin dejar de pensar en Don Carlos. Siempre he sentido un cariño especial por él y me siento triste, confusa y más que nada asombrada. Tengo que recomponerme y cumplir con mi deber.

La Comisaría echa humo. Todos hablan al mismo tiempo. El comisario pone orden ante semejante griterío, se hace el silencio y me

mira fijamente esperando que abriera la boca. Es normal fui la primera persona que vi al difunto. Relato lo que mis ojos vieron, todo lo que sentí, todo lo que olí y lo que hice posteriormente.

El alboroto comenzó de nuevo. ¡¡Tenemos que empezar por el principio!! Gritó mi jefe con ese vozarrón que ponía firme al más pintado; conocer toda la vida del párroco, sus costumbres, todo lo que nos pueda dar algún indicio, hablar con todo el que lo conocía, ¡¡Debemos dar con el que se le ha ocurrido matar a un cura en nuestra parroquia!!

Con cuidado, procurando no chocar con nadie, me acerco a mi jefe y con un hilo de voz, le ruego, más que pedirle, que me deje hacerme cargo de este caso.

—Ya sé que soy un poco novata todavía para este tipo de casos —le digo elevando un poco la voz y armándome de valor.

—Quiero resolver este crimen, jefe, aparte de por mí misma, pues lo tomaré como un reto, porque es mi párroco, es mi iglesia, es el lugar donde yo entro todos los días y creo que debo llevarlo yo. —Terminé mi discurso con la voz lo suficientemente elevada para que todos me contemplaran asombrados por mi osadía.

Mi jefe, primero me mira como si quisiera comerme, después, señalándome con su dedo índice, aseveró: Te doy una semana para resolverlo... no más ¡Ah! Y te nombraré un compañero. —Me quedé helada al escuchar su respuesta pues en el fondo no me la esperaba, pero tardé dos segundos en recuperarme y salí corriendo de la Comisaría antes de que se arrepintiera de su decisión, a la segunda parte no le di ninguna importancia, me daba igual que me pusiera un compañero o no.

Vuelvo al lugar del crimen, porque es un crimen, no hay duda sobre eso. La manera en que le han clavado semejante cuchillo, con

tanta saña. Está el pobre D. Carlos, textualmente, clavado al sillón. Ha sido con premeditación y alevosía —sospecho sin vacilar.

El padre Carlos sigue en la misma posición en la que lo dejé. La iglesia está llena de agentes de policía, el médico forense que acompaña a la Jueza para el levantamiento del cadáver también está merodeando por ahí y una vez que termine entrará la policía científica para la búsqueda de pruebas.

La iglesia se ha cerrado al público y ha sido colocado un cordón de seguridad alrededor de ella. Los fieles que vienen a misa de nueve se asombran al ver el movimiento que hay de policía y se preguntan unos a otros qué habrá pasado. Algunos no se marchan, la curiosidad puede con ellos.

El comisario ha vuelto de nuevo y desde lejos me hace una señal para que me acerque.

Tengo que decir de él que se llama Cándido, tiene cincuenta y nueve años y está próxima su jubilación, por lo que no me va a permitir ni un solo error en la resolución de este caso, tengo que andarme con sumo cuidado. Es una buena persona, aunque a veces parezca un ogro. A mí me trata como si fuera su hija, pero cuando tiene que echarme una bronca no tiene en cuenta ese detalle. Nuestra relación últimamente no está tan boyante como quisiéramos los dos, pero intentamos llevarlo lo mejor posible. Voy a su encuentro.

—Mara, dime ¿Este cura oficiaba misa? Parece muy mayor.

—Bueno tiene setenta y cinco años, perdón tenía. A veces acompañaba a Don Justo, el párroco de la iglesia, en la misa, pero no intervenía mucho. La primera misa de la mañana es a las nueve. Como te he dicho anteriormente, he llegado a la iglesia a las ocho y quince. No había nadie.

—¿Quién abre la iglesia?

—José, un vecino que vive enfrente de ella y que de manera voluntaria la abre todos los días a las ocho.

—¡Quiero hablar con él y con el párroco titular... como se llame!
—Requiere el comisario.

—D. Justo, le recuerdo.

—¿Tendría enemigos? —Se pregunta en voz alta mi jefe—. Es muy extraño todo esto, sigue elucubrando, mientras pasea por la iglesia.

—Mara, vete a Comisaría e investiga antecedentes del difunto. Las iglesias en las que ha estado como sacerdote, quiero saberlo todo sobre su vida, aquí, por ahora no haces nada ¡Ah! Otra cosa, ya tienes compañero para el caso, es Roberto.

—¿¿Cómo??... no puedes hacerme esto.

—¡Es una orden! Él ya lo sabe —y sale de la iglesia dándome la espalda y dejándome con la boca abierta.

Me dirijo hacia la puerta echando sapos y culebras contra mi jefe es un hijo de... me freno por respeto al lugar.

Entro en mi coche y golpeo con fuerzas el volante, intentando sacar de mí toda la rabia que guardo dentro ¡Tengo que tranquilizarme! —Me digo.

Cuando llegue a Comisaría tengo que estar tan calmada que debo dar la sensación de que paso de que el compañero que me ha asignado mi jefe sea mi ex marido, bueno marido, todavía, no hemos arreglado los papeles de la separación, digamos que estamos en un compás.

¡Joder! ¡Solo hace tres meses que lo eché de casa! ¡Tengo que conseguirlo! Debo olvidarme de la putada que me hizo y entablar con él solo una relación cordial de trabajo. Me va a costar pero debo